

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Tras las pisadas de Caleb

Los hechos narrados en Jueces 1:12-15 también se hallan en el libro de Josué (15:13-19). En Josué termina la historia de los combates librados para conquistar el país de Canaán. En los Jueces, en donde está narrado el comienzo de la decadencia, el valor de Otoniel y Acsa es como un rayo de sol alentador.

Caleb aparece en la confluencia de dos épocas: aquella en la cual el poder divino, obrando por gracia en un pueblo débil, le daba la victoria y lo estableció en Canaán; y otra en la cual, responsable de guardar la heredad, la descendencia de esos vencedores no cumplió con su tarea. Es la historia de todo lo que es confiado al hombre. Es también la historia de la Iglesia cristiana que se ha apartado hasta tal punto de la energía espiritual de los primeros días, que el Señor tendrá que juzgarla. Asimismo es la del testimonio de los últimos días.

Caleb, pese a la incredulidad del pueblo en el desierto, el cansancio del largo viaje y los peligros de los combates, “había seguido cumplidamente a Jehová Dios de Israel” (Josué 14:14). A sus ochenta y cinco años conservaba toda su fuerza (v. 10-11) y logró la victoria para poseer lo que su fe no había cesado de esperar durante cuarenta y cinco años: Hebrón, el lugar de los sepulcros de los patriarcas, botín de los más temibles enemigos. El nombre de Caleb permanece estrechamente asociado al de Josué. Habiendo dado ejemplo hasta el fin del apego a ese hermoso tipo de Cristo, e igualmente de la perseverancia y la energía de la fe, Caleb pudo abandonar el escenario como vencedor.

Después de él se levantó “otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel” (Jueces 2:10). La ruina aparecería pronto e iría agravándose. Sin embargo, la fe individual siempre tendría su lugar y su parte, provocando incluso algunos despertares notables. Barac, Gedeón, Jefté, Sansón, son un claro ejemplo de ello. Si el pueblo falla, el poder de Dios y su fidelidad a sus promesas no cambian. La serie de los testigos fue abierta por Otoniel a semejanza de Caleb, que cerró la de los conquistadores.

Todos esos jueces tenían algún defecto, así la gracia de Dios se magnificaba en su debilidad. Caleb no tuvo hijo que heredara su posesión. Otoniel es señalado como el hijo del hermano *menor* de Caleb. Siguió el ejemplo de su tío; aquél se apoderó de Hebrón, y Otoniel tomó Quiriat-sefer. Con esto se incorporó a la familia del hombre de fe de una manera más efectiva y recibió el objeto que su corazón había deseado: Acsa, la hija de Caleb, se convirtió en su esposa. Tuvieron lugar otras victorias. Mediante el Espíritu de Dios, Otoniel liberó al pueblo, esclavizado por los arameos en su propio país, y fue el primer juez de Israel durante cuarenta años (Jueces 3:10-11).

Pero Acsa no se quedaba atrás con respecto a su esposo. Deseaba una parte *especial* de esta tierra prometida por la cual su padre había luchado victoriosamente. ¡Qué importaba si otros eran cobardes para ocupar y conservar la heredad, y si todas las tribus de su pueblo carecían de fe! Además del campo que recibió de su padre, le eran necesarias fuentes de agua para vivificar esta tierra del Neguev que sin esto permanecería estéril. Ella descendió del asno, para hacer la petición a su padre, cuando iba a dejarlo para comenzar una vida nueva. ¡Qué gozo para ese anciano encanecido, pero no cansado, cuya existencia había estado inclinada hacia esa posesión en Judá, ver a su hija manifestar el mismo deseo, la misma perseverancia, el mismo ardor! “¿Qué tienes?”, preguntó a su

hija, y ella le respondió: “Concédeme... me has dado... dame también”. ¡Con qué satisfacción el patriarca debió proveer la bendición demandada por esos jóvenes que manifestaban aspiraciones dignas de verdaderos israelitas!

Amigos cristianos, ¿estas cosas no les dicen nada? Nos son presentadas no para satisfacer nuestra curiosidad, sino para nuestra instrucción. Nosotros pertenecemos, en cuanto al testimonio suscitado por Dios en vista de la pronta venida de su Hijo, a las generaciones de los decadentes. De ello no hay duda alguna. Otros combatieron y conquistaron en su tiempo, por el Espíritu de Dios. Nosotros debíamos conservar lo conquistado, y ahora todo amenaza ruina. Se acentúa el relajamiento, la indiferencia gana terreno. No nos sorprendamos, pues no podría ser de otra manera. Pero tampoco nos resignemos.

Los enemigos son los mismos: mundanalidad, superstición, incredulidad, tropas temibles como los anaceos de otros tiempos, que están a las órdenes del jefe de este mundo. Pero este jefe fue vencido en la cruz, como los enemigos de Josué y Caleb eran vencidos de antemano, desde el Mar Rojo. La fe está segura de recibir las respuestas hoy como ayer, y cuanto más sintamos nuestra debilidad, tanto más mostrará Dios su fuerza. La presencia del Señor, la Palabra viviente, el Espíritu Santo, permanecen invariablemente a disposición del fiel.

Vemos partir, unos tras otros, obreros del Señor que trabajaron con una abnegación y perseverancia sin iguales. Pero incluso cuando la firmeza y la vigilancia se pierdan, cada uno de nosotros puede y debe, aunque sea el único, imitar la fe de los conductores que han partido. Aún hay lugar para los Otonieles y las Acsas. Porciones *especiales* del país los esperan; es decir, el gozar de las bendiciones espirituales de las cuales los creyentes somos bendecidos en los lugares celestiales. Fuentes de agua, las de arriba y las de abajo, el poder del Espíritu

conocido como una fuente de agua que brota en ellos, vendrán a fecundar esas riquezas de la Palabra de Dios, que sin ella permanecerían como letra muerta.

No se contenten con llamarse o saber que son cristianos. Vivan el cristianismo, posean para ustedes mismos el país, añoren sus frutos. El Señor ama esos santos deseos de la fe y los satisface. Tristemente nuestros deseos con mucha facilidad se vuelven hacia un mundo donde somos extranjeros, por eso tenemos decepción tras decepción (Santiago 4:2). El Señor quiere vernos llenos de anhelos de seguirle, de servirle, de verle al fin; quiere que deseemos ardientemente los “dones espirituales”. Él nos pide que abramos la boca, y él la llenará. Esos deseos de corazones fervientes, ¡cuánto nos hacen falta! Nos complacemos en lo que creemos tener y no sentimos más la necesidad de pedir; es el gran reproche hecho a Laodicea: “Eres tibio”. Tibio, sin llama, sin fervor, sin un corazón ávido de la buena parte. “De ninguna cosa tengo necesidad”, dice ese tibio (Apocalipsis 3:17).

“Pedid, y se os dará” (Mateo 7:7). Los deseos de la fe no son deseos estériles. La fe obra, se apodera atrevidamente de lo que le es propuesto. El secreto de la perseverancia de un Caleb estaba en su apego al Eterno, el Dios de Israel, quien había hecho una promesa. Cuanto más apreciamos al que hizo la promesa, tanto más seguiremos los pasos de Caleb.

A.G. (adaptación)

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).